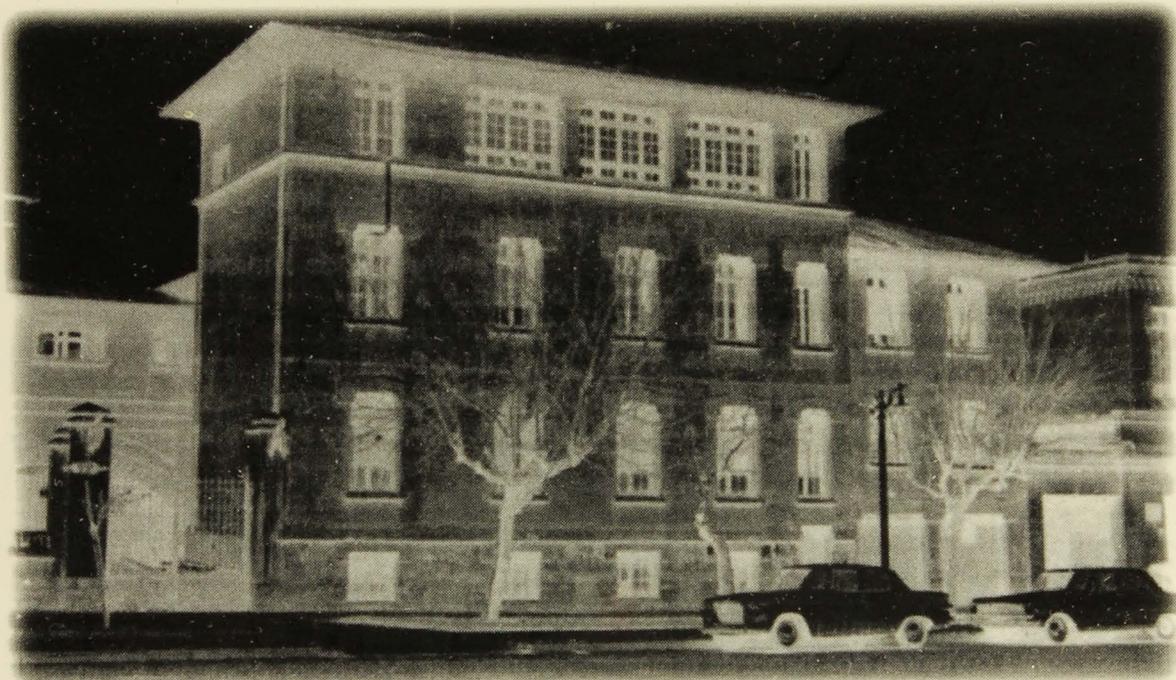


La casa de la poesía

Carmen Berenguer



5373611



Carajón

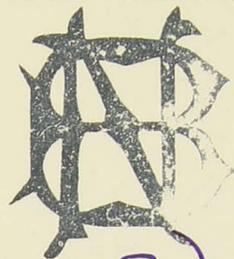
ALIANZA EDITORIAL



Carmen Berenguer
Chile, 1946

Poeta y cronista chilena. Dentro de sus publicaciones poéticas se encuentra *Bobby Sands desfallece en el muro* (1983), *Huellas de siglo* (1986), *A media asta* (1988), *Sayal de pieles* (1993), *Naciste pintada* (1999), *La gran hablada* (2002), *mama Marx* (2006) y los ensayos *Escribir en los Bordes* (1990) y *La Mirada Oculta* (1994). Su obra también se ha expandido en numerosas ocasiones al formato audiovisual, y ha sido recopilada en variadas antologías como *Poesía Territorio Actual, Mujeres Poetas de Chile* (1998); *Une*

IONAL DE CHILE



94a - 22)

C.1

0

a Nacional



0733

LA CASA DE LA POESÍA

Carmen Berenguer

PREMIO IBEROAMERICANO DE POESÍA
PABLO NERUDA 2008

861. CH Berenguer, Carmen
B La casa de la poesía.
Santiago de Chile: MAGO Editores/ CARAJÓ, 2008
76p.; 14 cm.
ISBN: 978-956-317-040-5
1. Poesía chilena

© Copyright 2008, by Carmen Berenguer
Primera edición: noviembre 2008
Colección: **Rieles**
Director: Máximo G. Sáez

Alianza Editorial MAGO Editores/ CARAJÓ
Edita y distribuye: MAGO Editores
Merced N° 22 Of. 403, Santiago de Chile
Tel/ Fax: (56-2) 664 5523 - 638 6605
editorial@magoeditores.cl
www.magoeditores.cl

Registro de Propiedad Intelectual N° 110.989
ISBN: 978-956-317-040-5

Composición Portada y Diagramación: Ricardo Barrios

Impreso en Chile/ *Printed in Chile*

Derechos Reservados

LA CASA DE LA POESÍA

**500 AÑOS EN EL BARRIO CHINO
DE VALPARAÍSO
(1492 - 1992)**

Juan D. registraba todo recopiando estas imágenes, recoloreando esos rostros mestizos, dibujando inteligibles nuestros ojos achinados. Ojos chinescos como cúpulas orientales. Juan Dávila copiaba unos pómulos altos engastados como planicies cóncavas, poniéndole un color cetrino, aceitunado, un negro decolorado antes de la oscuridad, un negro, un negro de sol después del amarillo, un color jaspeado por el sol –sur de Latinoamérica. Después de varias cruces pintó el sueño de Bolívar y retocó una utopía lijada en los colores de las iglesias barrocas del siglo XVII. Le puso mis senos al prócer porque esa noche yo era la única que tenía tetas, y le agregó un sexo al héroe del sueño latinoamericano. Al lado le hizo un hoyito, un huequito con su mano, un guiño a nuestros escépticos sueños.

Esa noche, motivo de otras noches, Juan D. buscaba mi boca y se encontraba con la boca de Pedro. En ese juego de espejos Juan D. buscaba un destino mestizo, un destino chinesco, una mezcla criolla. Y encontró en mi boca el lagar salobre de la machi. En las dos bocas provocó la ruptura: vacío de mil bocas repentinas. Y las repintó como granas carcajadas sin poder dramatizar aquel momento que por entremedio de las comisuras, escurría toda la risa inquilina de los dominados que

vuelven la boca profanada de Simón Bolívar al primer mundo su propia postal: su retocada.

Esa noche fue simulacro del ritual pagano de la diversión alegre de la chilenidad. Esa noche fue el carnaval andino y sentido, dejando atrás la clásica y profana noche de Velásquez.

Juan Dávila firmó esta pinturita.

ACERCA DE LUPANARES MIGRATORIOS, LA
POETA LEYÓ EL POEMA QUE EL POETA
(Q.E.P.D.), ESCRIBIÓ ESA SU ÚNICA Y ÚLTIMA
NOCHE EN EL PUERTO Y LE RESPONDE AUN-
QUE YA NO ESTÉ

Olor a turbulencias corpóreas rasgó el olfato
con los brazos extendidos, allí pájaro
de argenta temblaba su glande y llámonos
«tías» para ahuyentarnos, y uac, uac,
respondieron las urracas al destemplado graznido de las
heridas plumas que perfilaban suave su caída ¡Vaya
vacío! ornadas bolas tristes del fígaro,
en medio de un trino el gorrión palabrero
fundía lupanares migratorios,
negro en un blanco yermo,
nos miramos en mis crenchas vivas madre selvas gruesas
crines cruzaron el corazón, ahí en el puerto, puteros
chuscos y mandarines, –dije– olor a ñato y gañanes
los ojos fieros del queltehue lanzaron soplos,
a ratos opacos bríos, a ratos nervaduras de vieja
en las manos trepanaba el deseo, ahí sujeta al ala
con el chal lanudo pegado al cuervo, entre sí,
las urracas brincaban alrededor, mirando carno

el entrepiernas,
mudos espectros del destino, aquí ni polvos mágicos,
sudor porando estrellas por si cae, al pie
mis pieses a tus pies pije
por si acaso,
las nubes estaban de más, nunca olvidaste que viste
ojotas en mis dedales finos, ah travesuras, lesuras, y todo
por verte
en el lamar, ¡Abisinia Exibar! ¿Acaso puedes cambiar de
marca?
tal vez ébano del capilar del tambor o la resina
africana busca el confín agrietado del sin sentido
y ese marfil seco como si el tintineo amazónico
te hubiese chupado,
bienvenido a este puerto lupanar, donde chilla el dolor
del pujo, sino moco, sino gargajo, al dorado siútico del
alambique, quiltra.

El ritual de la pluma: antifaz de cedro allí en Valparaíso. En la mesa se encontraban los poetas y sus vertederos: la de los por qué escribo, en compañía de nuestros vecinos argentinos y la poesía. Se habló de los motivos y preocupaciones, perturbaciones del hacer, la prolongación de las tribulaciones de la poesía. Arturo Carrera, autor de *La Partera*, conjugaba con rostro grave la exégesis de esta travesía incompleta aún.

Las lecturas se daban en las universidades del puerto y, como ya dije, en típicos restaurantes, con un plato frente a la boca. El poeta Néstor Perlongher, con su argentinada voz, leía *Alambres* y pasaba la música brasilera entre las vocales, con el color de la muerte; a ratos transparente, color de perla vieja, a ratos pálido antifaz de cedro; allí en Valparaíso.

Era una tarde de esas en que todo contribuía a tener que encontrarla irrevocablemente bella, aun cuando el espíritu que la animaba no lo era tanto. Yo quise negarme a contarla con la necesaria indumentaria que se requiere para introducirla. Pronto se fue doblegando el atardecer, para que apareciera la lentitud del relato donde ocurrieron algunos hechos de inconfesable valor, especialmente para mi vida presente.

La poesía me anima mucho y acudí a su encuentro. Era la tarde precisa de un noviembre a principios de los 90. Yo sentía un gran malestar; veníamos saliendo de una noche tenebrosa. El malestar era la prolongación de lo que había vivido estos años. Había tenido esa sensación de habitar con gente desagradable y, a mi pesar, cohabitar con ellos, en el mismo país, en la misma ciudad. Con esa sensación en el cuerpo acudí a su encuentro. –Saludé, a mi pesar–. Y con esa costumbre que estaba adquiriendo cierto protagonismo cultural de convocar a unos siniestros encuentros con la poesía y el paladar; como si lo que vierte la palabra lo invierte la comida en arbitrarias posadas turísticas criollas. Rara mezcla entre el paladar, la escritura y el turismo. Demasiado condimento promiscuo.

A mi pesar, regresaba la memoria de otro encuentro de poetas en Valparaíso, creo que inmediatamente después de la noche trágica, recorrida como la última populachada de chilenos bien nacidos por el Parque Forestal, para que se reconociera nuestro importante derecho de vivir en este maldito país.

Los poetas acudieron a ese encuentro del que estoy hablando, en el que su pregunta, era la visión del poeta en los 90. Visión que no podíamos tener en unos pocos momentos felices, entrecomillas, recién adquiridos. Mi sagrada memoria, recuerda haber saludado con infinito placer a Juan Luis Martínez, quien llevaba guantes de encaje blanco y estaba muy pálido. Nos encontrábamos en los altos del Cinzano, sentados en hilera unos treinta o más escritores de la condensación de la palabra. En realidad más que un encuentro de poetas, parecía una mesa radical de guatones, no me refiero a sus apetitos, ficticios o reales con la comida, sino al espejo que teníamos detrás de nosotros, que mostraba nuestras espaldas. Y en frente un plato blanco, con bordes azules, con una tremenda cabeza de cerdo con lechugas alrededor y como costumbre radical, tuve la ocurrencia de pedir un aplauso a modo de saludo por J. L. Martínez. Se escucharon unos esmirriados aplausos para mi sorpresa. Fue la última vez que lo vi con vida. La última vez que todos lo vimos viviente. Y si no fuera por mi recurrencia a la repetición de los rituales, habría sido la última vez que los viera a todos, con vida. Fin de este pasaje del recuerdo.

Otra noche en el puerto, otra relación con la poesía, otra reiteración ritual en el que nunca más se supo de la ocurrencia de la pregunta acerca del poeta y los 90 en el mercado y la globalización.

El poeta vecino llegó al Paraíso. Olor a marchas y la noche está sin bulla. Néstor Perlongher está en el puerto y nos dedica un poema. Abrecomillas: LAS TÍAS, viejas solteronas de la casona de provincia que revisan su ropa después de cada incursión nocturna, oliéndole al macho joven impregnado en el entrepiernas de sus jeans.

Viejas de las noches, de otras noches provincianas y de todas las multitudes de noches, escondidos en los huecos de los cobertizos de la cama.

Manos viejas de las TÍAS, lavando los cuellos de la camisa del sobrino, el sudor de esas noches.

TÍAS pegadas a las puertas escuchando,
los gemidos nocturnos de sus amantes,
en los ribetes,
y en las orillas de sus pantalones,
en los puños de la camisa,
en el cinturón de cuero,
en el reverso de la corbata,
en el prendedor de plata, en los bolsillos, en los respuntes
de la chaqueta,
en sus bordes,

ahí,
en lo que dejó su pesar,
en la tifa del marinero,
en los dibujos del calcetín,
en las iniciales de tu nombre,
debajo de esos pañuelos bordados,
por las manos venosas y arrugadas de la TÍAS,
quedaban aquellas serpientes escapando de los muslos,
pedazos de cabellos,
olores a bíceps,
olor a pellejo, sudor a pendejo pobre, sudada de esta-
dios.
Olor a marchas.

Brizna de macho tierno retenido en nuestras narices, de
largas tardes atisbando sus pasiones y enjugando sus
historias en la calle Austria-Hungría; entre las rendijas
de las cortinas de macramé de las antiguas casonas, guar-
dado en los calzones secos de las TÍAS y en las blondas
del tiempo provinciano.

Depositarios de la excentricidad del rancho cultural con las performance y los discursos entramos al barrio chino. Supongamos que no hay posibilidad de juego. Tres mujeres y tres homosexuales entraron a un bar peludo.

Las paredes estaban adornadas con cuchillos corroídos por la humedad y el tiempo, sin los visos plateados de su mejor época, un jote relleno expulsaba unos azulejos de sus plumas muertas. Vasos del mundo donde puso sus labios Luchito Godoy y la Bella Estrella, también don Salvador, y la Natachita Kinky, ¡mentira! nadie más vino después de eso. Monedas de todas partes empeinaban el mesón.

La mujeres entraban y se acercaban al dueño para escuchar algún mensaje de trabajo y partían. Tres hombres gruesos conversaban animadamente y de tiempo en tiempo entraban al baño y seguían tomando, —dicen que son aventureras—. Una fue modelo de Dalí, la rubia poseía una casa de citas y la morena había vivido y conocido a fondo los barrios, los cités y las pensiones.

Sus amigos contaban con las manos sus pobreza, hacinadas en la pobla y en los bloques urbanos y lumpenescos hacían su gala en el bar, movían sus largas y huesudas articulaciones buscando la mejor sombra para una pose, el mejor reflejo para un perfil.

El pintor pagó la noche, personaje de Hemingway de la Guerra Civil española en los tugurios del puerto con las gitanas en el ruedo, haciendo piruetas con los pañuelos rojos.

La atmósfera la vi en la película alemana de Fassbinder «Querelle». Pero aquí la ley estaba representada por dos paisanos más del ambiente. Ellos podrían ser el ingrediente fácil para cualquier acción. Sería la completud del abanico.

Pedro L. hizo el primer movimiento de forma tan frágil como si fuera reflejo de la ausencia. Y si no hubiera estado, no habría puesto el casete de G. Mistral en la casa de Brenda. Al no estar, Brenda no habría llorado ese fragmento sublime. Y no nos hubiera contado que tenía una hijita que vivía con su madre, mientras le pasaba los tubos, la radio y el secador en las manos a la gringa de quien se había enamorado bajando del cerro.

Al no estar, no habría echado a los policías y a Rita fuera de la casa.

Al no estar, no le habría puesto la tranca a la puerta para impedir la entrada de los policías del narcotráfico.

Al no estar, la noche no hubiera tenido su momento sentimental.

Al no estar, no se hubiera sobredimensionado su único e importante movimiento de la noche, cuando quiso posesionarse de la acción, en un intercambio de las únicas preguntas que le haría el policía a una de las mujeres, le respondió: «Él es pintor» al momento que entraba un hombre con la cara cortada, y la carne abierta se había levantado en los relieves del corte, dejando caer goterones de sangre hacia la camisa blanca como un fresco de Goya. Su ausencia hubiera sido relevante cuando el policía dijo: «Eso es pinturita».

Al no estar, no habría atravesado el bar para encenderle el cigarrillo, mientras lo sacaban del lugar y le bajaban la cortina.

Queríamos atisbar por las ventanas como pobres de imágenes reales, lo que la noche engaña, de pura naturalidad fingida, de pura sencillez humana, fisgonear una noche exótica y sus boliches de exhibición nocturna.

Estamos en el barrio chino, en un bar espeso de humo y de sudor. Y en un fragmento de la novela criolla chilena, fuimos invitados a conocer la casa de Brenda, una mujer popular que se ganaba el pan con lo único que tenía: su cuerpo. Respondiendo al desafío de la suerte de ese inolvidable pasaje del lugar sin límites de la novela chilena, donde ronda el misterio de una historia profanada por el atavismo cultural de la época terrateniente en los tugurios del sur.

Ya describí su casa en la que hay una fiesta constante,

*un baile infinito,
una música sentimental
una ropa de segunda,
unos colores puros,
una copia de nada,
sin apariencias,
una forma de hablar llano,*

*sin dobles intenciones,
tan de verdad que parece mentira,
tan de mal gusto que atrapa,
con tanto olor que enciende,
tan violento que asusta.*

*Cuerpos morenos que encienden su tipificación exótica,
su estereotipo virgen, su simulación potente,
cargadores y estibadores,
esperan en esas casas, lo que la noche engaña.*

Son esos cambios de humor que hacen que los rumbos tomen su propia dimensión. Decididamente la noche está caliente. Y el cuerpo adquiere su olor propio. Y el cuerpo exuda en tal calentura una sabiduría animal. La carne propia del cuerpo se torna brillante y carnal. La carne pora gotas de deseo por la carne. La noche entonces se retuerce en su deseo criminal. Y la noche tiene su feria. Brenda, que así es llamada por aquellos que la conocen, escucha su llamada animal en las cantinas del puerto. Y no tuvo tiempo para pensar siquiera que sería alguien en la vida. No estoy haciendo una apología a su fama en el puerto. O a su maldito destino. Como si hubiese sido predestinada carente de quimeras. Eso lo supo de antemano. Así de rotundo. Si alguien por pura fantasía intelectual dijese que Brenda no es la mujer fatal que ha visto en las películas, es probable; porque a Brenda no la hizo el destino. A Brenda la hizo el ojo colonial que la mira en el barro.

La feria hierve cuando se pasea. Y le gritan ¡sucia! Su cuerpo es asqueado por la imagen de la pureza. Y Brenda les tira el traste.

Y sabe que su culo tiene el valor máspreciado en una noche húmeda del puerto.

Los muchachos se calientan con su olor a poto. Así de crudo. Y lo sabe. Y cobra por eso. Cuando baila en las cantinas los muchachos ricos aplauden y transpiran de antemano una noche con la puta del puerto. Allí, una multitud de deseos se aproximan al crimen.

Una jauría de deseos hace que la noche sea feroz y caliente. El juego de la feria es un tiro al blanco, la carne cobra. Una noche con Brenda la retorna fatal, relumbra. Y no es artificio. La feria en una noche porteña es de miedo. La feria es el deseo de lo que nunca ha sido conseguido en la claridad del día. Es la apuesta. La noche es puro acero que brilla más de la cuenta. Por ello nadie la posee. Allí el destino es lo de menos. Allí la predestinación es un tiro al aire. Allí se juegan los dados del marcado. Brenda es la doña del puerto, sabe que su destino hace su apuesta fatal a la calentura rica.

Y la noche que es noche y la noche está caliente y húmeda en el puerto. Las citas de Brenda hacen una larga cola en el burdel del puerto. Y la noche se estira hasta la alborada.

Tal vez despierte con hambre y baje de los cerros a la feria del día. Y los marineros, por fin, sueñen con pisarla en cualquier calle.

Mientras las olas arman su coloquio y encrespadas recuperan la orilla, el puerto la ronda.

Ciertamente la aquella cuando esas ventanas fueron su asombro y su paisaje despierta maquinando una innoble traición.

Cuando la plenitud de los parques haya sido la pasión, y todo esto acumule una bolilla de intensidades, yo me pegue a esta noche, ella repliegue su gloria y encandile su estar.

Que aquella sea y decenas estallen su alegoría; su metafórica y tajante existencia delate su ambición detallista de hablarla y obsecada viva sólo por eso.

La eterna es un puro prólogo deseo de mil juncos.

No olvidemos que la noche esquivo sus torpezas, borrando su existencia en la oscuridad dispar, divulgada en la sombra de este prólogo.

Y no existe deseo que la posea.

La pasión no tiene posesión alguna.

La pasión es una estrategia de muerte.

Autoritaria en su voluntad, y en una improvisación figurada su avispa.

En la plenitud de los parques, el territorio es una esencialidad pasional.

Una intensidad voluble. Ubicua.

Esa noche inmemorial. Brenda es bella, digámoslo de una vez, bajaba del cerro esa noche. Y nombres, nombres como Sergio, Hugo, Manuel. LA NOCHE TIENE UNA HILERA DE NOMBRES MASCULINOS. LA NOCHE ES UNA SEÑAL DE INICIALES EN EL RECODO DE UNA MERMA. Y en las orillas fluidos de pasiones llegan al destiladero.

Recibió el manoseo en un recodo de los cerros del puerto. De cara a la bahía. Había sido manoseada en las ansiedades del puerto. Así comenzaron a respetar sus pasos de espaldas a la bahía. Y como guardianes de barrio la hicieron su favorita. Así es como una vieja historia vuelve a repetirse inmemorialmente.

Confusa, de la noche a la mañana duda y eso es impensable. La noche en las calles del puerto, —a este puerto me refiero— es puro cuerpo despertando un amanecer y lo maneja con maestría. En su casa se huelen prendas.

La noche ha reconocido su saber.

La noche es una casa de placer.

Y la noche es pagana.

Y la noche es tránsito que exuda. Y EN UN TORRENTE
DE DELIRIO ES LA LÍBIDO DE UN JUNCO; COBRA
EL ALMA EN UNA SERIALIDAD FINGIDA.

El cuerpo es una leyenda.

UNA NOCHE ENTRÓ UNA MUJER Y APRENDIÓ A
MANEJAR LA LENGUA

Brenda describe el cuadro de su familia, y la noche al borde de la noche estrella su ornato para revelar esta esquina. Embelesada distingo las estrellas para hablar de ellas o que ellas hablen por sí solas; entonces en el recuadro de esta historia y de manera singular habla su genealogía familiar. Dejemos a la noche su sentido y a la abuela su memoria aunque falle el recuerdo de una fecha memorable. Brenda, la dueña de esta historia existe gracias al fragmento del recuerdo de su abuela. Ella abre con el abanico de su memoria figuras de su familia. Y como una fotografía reaparece la amnesia del momento. Las sombras que merodean su legitimidad circulan por sus ojeras. Un tropel de imágenes surca su nebulosa visibilidad. –No es el hijo mi marido, no es la hija mi madre– repite. –Ellos nunca fueron amantes–.

Si escribiera la historia de los amantes, ellos no serían sus personajes, tampoco sería interesante. La vida familiar de la abuela no es inquietante, porque ya no es nadie. Su obsesión se la robó el tiempo, ahora se alimenta de pequeñeces.

La abuela pasional hubiera borrado su pasado. Ella es inquietante cuando dejó de amar. Su propiedad es el espacio del pasado. Más bien su única propiedad es haberse encontrado con una mujer. Y ella lleva consigo

a la abuela, lleva con ella sus trajines. Esta mujer se alimenta de sus suspicacias; habita entre la vieja y la joven cuando prefiere olvidar. Esta hembra es el sufijo de la abuela. Tal vez para encontrarnos con sus desteñidos momentos. Esta mujer es ocupada por los brillos y derrotas de la madre de su madre. Por esas pompas opacas sabremos como se enredaron. Por ese sortilegio de maravillas, en qué pasados, sabremos que tuvo sus comienzos con una muchacha. La hija duerme con ellas oculta, y disimula que es la madre de una prostituta. Y consigue que esta maravilla viva los instantes que le regala. Viejas fotos de una familia antigua engañan la memoria. Ni la abuela tuvo hombre más que para concebir. Ni la hija tuvo hombre más que para cobrarle. Y la muchacha no habla más que de su abuela y entre paréntesis, ella misma es una invención de esos trajines.

Lugar de fijación plástica y romántica. «La noche es pura física y el ser desapercibido ha perdido su apuesta y caiga en las ruinas de la noche, la lluvia caiga en las ruinas del cuerpo de una mujer y esa mujer se mire en sus propias ruinas».

Y sin dejar de admirar la noche, el mar y las estrellas. La lluvia tuvo que ver con Brenda desde que nació. Ella y la lluvia tienen una razón de ser. No olvidemos que ella no usa espejo. Brenda se mira en los charcos. La lluvia, el cuerpo y el charco constituyen una vida memorable. El invierno, que para los poetas es inseparable..., la lluvia que los atañe. Para Brenda es su espejo. No concibe un lugar sin lluvia donde espejear su mirada. Allí vio su primera imagen. Sus pómulos salvajes en el cielo que detuvo su rostro entre el charco y la tarde, cuando el sol baja con sus reflejos inolvidables de una memoria porteña. Entre el charco y el mar mojó sus polleras furtivas en la noble edad temprana. Más bien, el charco y Brenda hacen el retrato del barrio.

No olvidemos que en el barrio no urbanizado, después del temporal áspero de la pobreza, el aguacero hace el barrial. Y apenas titubea un rayo que entibia los corazones, el charco continúa ruin y noble dibujando la sombra

de una mujer. –Ese espejo me enseñó a despreciar; haciendo ondear la carcajada del barrio reí de mí misma. Por ese espejo mugroso se paseaba la Cruz del Sur. Por esas aguas marronas individualicé el lucero de la tarde. Por esa inocentona mirada despejaba el romanticismo de una nostalgia porteña–.

–Cuando hablan de arte, está ese espejo señalándome su estética. Tal charco latino platica y murmura orfandad en tal sabiduría. Ese charco hizo su escuela en mi cabeza y pobló la incoherencia de sus calles. Me vi buenamoza dando tumbos por los obstáculos de mi ceguera, devolviendo una imagen ondulante después de la lluvia que arrastraba puertas y ventanas cerro abajo–.

El mar ha estado a sus pies desde que nació, (El mar, El puerto, El horizonte). Y cuando Valparaíso con sus torpes insinuaciones de cerros y hongos de caseríos furtivos, se hizo puerto frente al mar. El mar y la noche fueron cautas en tal hazaña. Quizás el mar y la noche aguardaban su nacimiento y fue concebido entre el mar y la noche y aquellos que vieron el puterío en el puerto. Tal vez el horizonte fije el límite entre la noche y el mar. Y aunque el mar sea más allá del horizonte. Y el horizonte sea más acá. El mar y la noche se escabullen y es que EL MAR Y LA NOCHE SON UNA SOMBRA POR AQUÍ. (Y permíteme que sea existencial con el mar.

No existe alguien, y permíteme esta confusión, que no se haya tragado el mar en una noche). Y no es sólo por su existencia, sino porque la noche y esta marina son una misma cosa. Y es más, entre la noche, el mar, es su límite y Valparaíso que es el horizonte, horizonte desconocido, por cierto, la torna en el misterio entre el mar y la noche. Y no es juego, es el lugar sin límites en este puerto, el horizonte entre el mar y la noche. Y en esa sombra, la brújula.

Retomando el hilo, la noche es renuente para el olvido,
y volviendo a las calles, la noche no tiene personaje,
rebota de sí

Si alguien la pisara sería su fantasma. Si le hablara, como
lo hago yo, perdería la voz.

Ella no tiene voz, ni murmullo. Una suave brisa las pierde.

RETOMANDO EL HILO para novelarla, SI LA NO-
CHE CANTA, CANTA, eso es todo. Y es tan bella la
infinita, que si alguien sufre en la noche, no es su cul-
pa, porque una noche en Manhattan es la misma noche
de Estambul, y la misma noche en Valparaíso. En estos
instantes, aunque requiera vagar, sin duda, que la no-
che boliviana es decididamente otra noche, y eso el poeta
Jaime Saénz, lo sabe, aunque en Chile nadie lo conozca.
Él la hace hablar: «EL QUE TODAVÍA SIGA HA-
BIENDO ESO QUE YO LLAMO LA NOCHE, Y EL
QUE TODAVÍA UNO PUEDA MIRARLA CUAN-
DO SE LE DA LA GANA, ES UN VERDADERO
MILAGRO».

Y si una voz cansina dijera: «El ser de la noche, es la noche», vería poblarse de manchas el satélite de la noche y la vería criminal. Esa noche ha sido inducida.

¿Es que alguien puede olvidar una noche tropical? Donde los ruidos suenan y la rana que le canta es capaz de cazarla con su mirada infrarroja.

Por contraste, en las calles de Manhattan, por más que quiera verla, no se ve, porque la luz estalla un nocturno esplendor. Los letreros la artificilan y escenifican su oscuridad, y se convierte en la estrella del firmamento, entre neones y sombras; los alleys, son una lamé eléctrica desde el Central Park. Y se escribe esta ficción por el instinto de conservar esta visión de que la noche es el animal que lleva dentro. La pantera negra que se desliza en la selva de luces. Y ella que no es la miseria de un personaje, evoca los versos de J.S.

«CAPAZ QUE EN UNA DE ÉSAS LE INYECTEN A LA NOCHE UNAS CÁPSULAS DE LÁSER Y LE ENDOSEN QUIÉN SABE QUÉ ARTEFACTOS DE COBALTO, PARA QUE CUMPLA UNA FUNCIÓN VERDADERAMENTE ÚTIL. Y TE DIRÉ QUE NO ESTÁ LEJANO EL DÍA QUE LA NOCHE PASARÁ

A LA HISTORIA, Y SERÁ COMO LA HISTORIA
DE NOÉ Y DE LA TORRE DE BABEL».

Entonces yo diré que su continuidad es sin historia y
que su memoria se detuvo en el Planetarium de Nueva
York, cuando simularon su vuelo.

Agregaría que la calle estaba desierta, y que a esta hora mía le narraría lo chinesco, le impondría su silencio y aumentaría la sabiduría de este silencio.

Y entre una calzada y otra divulgaría sus fragmentos, que todos se enteren de su magnitud. Nadie osaría cruzar este segundo. Nadie se atrevería a figurar en este instante. Ningún gesto tendría tal brillo. Ninguna postura habría podido desafiarle: La calle tenía su desertud. Eso sería todo.

1. Si hubiera caído torrencialmente un aguacero, habría brotado un desierto y se hubiera parado un camello en medio de la calle y se hubiera poblado de orillas. Tal vez algún desfigurado se hubiese atravesado y sus sombras llevarían sus olores. Algún traidor se hubiese trampeado titubeando a su amparo en los intervalos de la respiración de los marineros al pisarla. Escuchado su única canción y visto el resplandor de la danza de cuchillos en los cerros.

Sintiendo el tacto de sus dedos en el cuerpo. Tentando su suerte al arbitrio de algún centurión en posesión de alguna pócima abismal, para pasar el rato.

2. Esa noche, como postura nostálgica tuvo este relato efímero y total encubierto por la fugaz salobridad de las espumas, a lo lejos.
 3. Este pasar nocturno tuvo a su cabalidad algo que contar. Hizo notar su acontecimiento, narrado su murmullo, descrito su pasaje.
 4. Tuvo a su haber una ficción para poseerla y concebirla.
 5. Esta noche ha sido nuestro momento real de nuestros solemnes espejismos, pintándola para alguna galería, retenida sin pestañear para que Brenda fuese la muchacha más linda, y que tuviera su merecido.
 6. Así fue como rojeamos su boca y brocheamos su café y a los muchachos que se acuestan con ella.
 7. Coloreamos, asimismo, nuestra mojigata existencia, nuestra timorata esencialidad. Y viviríamos un tramo más, sólo por ese derroche.
- Vivirías lo chinesco de su rostro y pagarías por no ver su amanecer.

Esta página es la continuación, hablando de la memoria, si quisiera olvidarla, cómo olvidar lo olvidado, volver al lugar sin matarlo en el recuerdo, cómo hacer posible que ese instante no se repita. Que ese preciso instante no vuelva y si vuelve, nos atrape con la misma fiereza del principio. Cómo hacer que la noche en que te conocí siga siendo la misma noche y no su nostalgia. La memoria es vieja. La memoria es senil. La memoria es una muerte memorable.

Como a eso de las 8 conversamos con Néstor Perlongher, y tomamos el bus al centro. Volviendo al pasado de la página seis, recordemos una noche cálida sin brisa. Reiteradamente en el barrio chino del puerto de Valparaíso. Donde ocurrió el encuentro. La misma noche.

El puerto aún conserva su estilo estival y sus movimientos aún no llegan a la pluma. Esos vacíos contienen el verdadero relato. Tal vez sus deseos requieran de un perfil mientras se miren en la laguna de la memoria. Y busquen una forma perentoria al negarse a ser personajes de la novela psicológica. Mientras cruzan por el cielo las aves migratorias, quiméricamente prefigurando un destino épico.

Ausente de disquisiciones prefiguradas, el puerto fue el lugar señalado para tirar alguna innoble trampa en la página. Brenda tiene sus hombres. Sin olvidar a Kali. Tres son las repeticiones constantes de la novela psicológica que demás está decir, a Brenda no le agradan. Pero la página exige fidelidad con los relatos, mientras relata la misma historia invariable e inmutable. Ella es el espejo. El ojo está pegado a su imagen. Y cuando merodea la ciudad, ese ojo la persigue y sabe por qué es mirada, entonces realiza unos pasos rituales para cer-

carlo y confundirlo. La atmósfera siempre es la misma, y sus pasos vulneran al visitante en un baile de máscaras, que invariable buscan a otro en la noche. No es teatro. Es la única que brilla.

Es un cuento simple, y no lo es categóricamente, en absoluto. Hay un ensayo diario que lo desmiente. El ritual es el mismo. Por ello es recurrente. Por ello es oscuro. El mar es su decorado. Valparaíso es su puerto.

El personaje se borra en la página escogida. Su visita ha sido audaz.

Entre el muelle y las brisas echamos un suspiro por el poeta y sus versos. Y más allá, de un bar a otro, vivimos lo que la noche de veras espera. Conocimos a Brenda y nos encontramos con Bárbara Délano.

Nuestro sino en ese momento fue la palabra. Bárbara D. poeta y musa, apareció justo en ese recodo del camino, precisamente más tarde.

Acabábamos de dejar atrás una agonizante y larga noche. Cada uno de nosotros había tenido su momento en ella y queríamos olvidar, pero había conjunción de la luna con Júpiter y Bárbara, musa de escritores estaba allí para recordarnos, que llevaba puesto un vestido blanco. Bailaba en el centro de la turbia luz al ritmo de la música cargada de trópico, pero aquí no había jungla verde, ni caimanes, sino el seco dominio de lo árido y la imagen de lo perdido. Bailaban borrando la ritualidad de lo bailado. La voz pastosa del cantante se confundía con el murmullo del salón latino. Jordi tenía pegada su boca a la yugular de Bárbara y en el oído quedó prendida su lengua feroz de la orfandad en el óvulo frenético de la estridencia. En la sensación de que oído y lengua chasquean al unísono, a todo so-

nido, las pañoletas rojas en la entrada de una geografía accidentada en la noche húmeda. Expelidos por la cadencia del ritmo bravo, penetrando la corriente de nuestras osamentas insinuantes asidos al movimiento ondulatorio de sus caderas. Oído y lengua rozaban sus frentes forzados a descifrar lo que dicen, emborrachados de danza.

Todo desaparece de lugar. La imagen ideal se retuerce en el paisaje selvático de dos girando entre sus rápidos remolinos de fiestas contiguas, girando desesperados. Sus piernas forman un arco y giran sin rumbo, cimbrados y simbiados con las manos extraviadas intentando juntar el resto. Dos sudreales en este muelle. Dos que mataron en la guerra. Caídos y vencidos en las zonas de venas prendidas en los relieves de los puertos astillados, diseminados en el piso brillante en contraste a la opacidad de los cuerpos.

El marinero holandés ajeno al barullo jugaba con la cobra marcada en su brazo y la hacía moverse al ritmo de la danza fogosa. Una mujer de pelo crespo sonreía dejando caer el líquido amarillo turbio con miles de pequeños grumos con visos dorados. Ahí nos perdimos con Bárbara.

LA NOCHE ESTÁ CALIENTE se podría decir un exotismo para la modernidad, simplemente caliente y su calentura resiste a la ambición de enfriarla. La noche nunca ha sido *cool*, aunque sea pisada. Y al amparo de sus sombras, reviste su calidad natural. Su naturaleza es real, sus insomnes la delatan y éste es su único momento auténticamente palaciego, villano en su alegoría y soberbio en su belleza. Tal vez, aciagamente, en sus rellanos no se asombre ni la muerte y en un recodo se deje el tiempo para reír. Y aunque la figura sea un tanto clásica, la risa abunda.

Sin desviarme del tema, LA NOCHE NO TIENE NOMBRE. Decirle noche a una unidad poética es solamente una aventura que sólo vive de encuentros. Y así ilimitada es inenarrable. Incluso su apología no tiene fondo. Excepcionalmente, figuras retorcidas por la retórica imaginaria de los bajos fondos y dudas que imantan su vulnerable pasión al describirla.

Las cenizas de los amantes del siglo XX en el bar más antiguo del puerto.

Y las llamas fueron la cronología que marca la inseguridad. Fueron el fulgor de lo irascible que vivimos. Como perros hambrientos levantábamos la cola para mear en otros meados. Agua y fuego arcanos del encuentro.

Y en este bar dos cuerpos extraviados encontraron su destino, como si el destino fuese irrelevante. Los eternos amantes del siglo XX murieron quemados. El olor a carne humana chamuscada duró varios días y los presentes vieron zapatos con olor a zapato quemado. El amor en el puerto fue lugar de sombras ardiendo que no tienen precio. Por esos lados, las sombras fueron las brasas de la lujuria. Los amantes se quisieron por un rato y los cuerpos eran rociados con agua para pegar la ceniza a los huesos. Eran las abrazaderas amadas y humeantes, feroces en la impiedad de las sombras. Pliegues corporales arrullados y hambrientos de amor.

Los amantes sin remilgos, como son amantes, se encontraron fugazmente minutos antes que ardieran, donde el azar con lo desconocido bosquejaba el preámbulo de lo pasajero y lo eterno.

En un pasaje de la cita, antes que la noche tuviera el turno de las llamas, se miraron, se hablaron, se acariciaron y luego ardieron hasta las cenizas.

Lo cierto es que los sucesos impíos nos llevan a la crónica de una noche fugaz, pudiendo tal vez haber sido la cita amorosa del año.

La crónica roja hará la descripción completa de aquellos que buscaban el anonimato en una noche del puerto. La crónica roja hará temer a sus víctimas lectoras ávidas de pasiones ajenas. La crónica roja resumirá a nada a dos amantes que se quemaron en el bar del puerto.

En búsqueda del centro perdido. En una noche oscura hubo un encuentro con un poeta y unas horas más tarde con la poesía. El poeta, es el poeta, que en este país tiene categoría de Dios, Dios y poeta son una misma cosa. Brenda que no entendía de dicotomías siguió caminando en la calle. ¡Poeta! –le gritó, eres un maldito vivo, y ésta es una noche radical–. La oscuridad es total, pareciera que un eclipse lunar hubiera dejado que los lobos circulen en el bosque, que es esta noche. Y una noche radical tiene un órgano en el oído que nos sirve para orientarnos, más allá de las dimensiones establecidas. Una noche, que puede ser de noche o de madrugada es extrema e irrepetible. Cambian las perspectivas del paisaje. Por eso, orillando en esta oscuridad, llegué a un lugar recóndito que pudo ser el centro de la ciudad, sin embargo, me hizo recorrer la historia de su vida naciente.

No olvidemos que alrededor de la iglesia de La Matriz creció un caserío y que este *úterus* fue sede del obispado y pudo ser Catedral, pero por alguna razón no fue posible que Valparaíso llegara a tener una Catedral, tampoco tuvo su plaza mayor, para ser ombligo del mundo, como en las ciudades europeas, concéntricas y creídas. Tal vez ese fue uno de sus sueños que nunca

se cumplieron, por alguna extraña razón. No quisiera extremar ese sentido, sin embargo, al recorrer sus calles, llegué a sus plazas, la Plaza Echaurren, espejo de un esplendor pasado. Su mítica Plaza de la Victoria, que si no fuera por su valsecito, no existiría la idea siquiera de su centro social como se le dice en Chile, que todo se achica por cariño y por maldad, escrita por el peruano, Lucho Barrios y cantada hoy, con euforia nostálgica, por un pasado de olvidos.

La Plaza Anibal Pinto y la Plaza O'Higgins son historia que tienen una connotación con hechos y personajes. Se cuenta que Joaquín Edwards Bello, escritor retratista del criollismo pituco de Chile, dijo «una ciudad sin Hinterland» quiso decir sin espacio rural. Se dice que hacia finales del siglo XVIII Valparaíso era «un miserable villorio» alrededor de la iglesia La Matriz.

Hoy su crecida, hasta donde se pierde la mirada, es Puertas Negras y más allá se acaba este mundo. Lo cierto es que hay un trayecto a Santiago por la carretera, el camino de la pólvora y Puertas Negras, líneas hacia un punto de fuga que es en medio de ningún lugar.

Cierto es que peregrinando por esta enredadera, se abre camino por la línea férrea de su pasado y hay una frase que habla de este lugar perdido. Antiguamen-

te, por no decir en el siglo pasado, los visitantes se sentían sorprendidos de ver la acogida cariñosa de la gente cuando se interesaban por algún objeto. Decían: está a su disposición. No obstante y por contraste, su paisaje desolado era un peladero.

En el imaginario de este Edén reza este calvario: El Canal de Panamá. El terremoto de 1906. El final del salitre. El puerto de San Antonio. O la privatización de su puerto. Lo cierto y temerario da que hablar y este utópico enigma sigue siendo el vals de Lucho Barrios, la balada del gitano Rodríguez, una caminata nocturna de Manuel Rojas, una challa en la Plaza Echaurren, de Edwards Bello y la descripción del lugar de fines de siglo, de Radriguet, construyen la epopeya de esta enigmática ciudad, a la que sus analistas la apodan como expresión simbólica de un estado existencial de derrota o del Este del Edén.

La noche relata el maquillaje de la noche. Si esa noche de llamas hubiera sido el preámbulo de las candilejas doradas y las plumas reales requeridas para una noche ideal del carnaval porteño. B. no se habría repasado los labios frente al espejo. No le habría dado la sombra de más a sus ojos. No habría jugado a hacerse el rostro inesperado de una noche inexcusable. Y aquella luz no le habría endiablado el cuerpo cuando la sacaron a bailar en ese mismo bar que ardería después.

Es lamentable, pero el personaje que ficciono no tiene rostro y quisiera entrar en la ficción de algún modo. Tal vez todo este maquillaje que me he puesto para la noche sea el fulgor de mi personaje. Lo cierto es que no podría pintarme de ningún modo. Una maestra oriental del maquillaje, trabaja algunos pasos rituales creando el objeto del deseo.

No son estos los ojos que oculto. Quizás cuando le doy su sombra, esconden la violencia de mi desprecio. Luego pienso en la cama, ritualmente y ruralmente, localmente (para hacer esta historia más desagradable. En lo que al lenguaje se refiere realizando el amor). Sin embargo, hacer el amor es el ritual de hacer la cama. Y pienso en las sábanas donde se envuelven los cuerpos horizontalmente viendo sus límites obscenos. Los cuer-

pos balbuciendo sus vulgaridades de deseo, depósitos de deseos, más allá de sus deseos. La cama es aquella obligación de fornicar y soñar. La cama es el final del amor legal. Como si el amor no pudiese hacerse en el pudridero.

El rostro tiene una ausencia, por ello es la reina del maquillaje. Cuando el rostro habla, la boca calla y así en un juego de ilusiones, la estratega lúcida mueve los labios queriendo decir algo. Los ojos, los labios, la voz, las artes del maquillaje son posesión de mujeres, sin embargo maquilló el hombre en su fijeza; petrificado de ser hombre. Naturalizados de ser duales y reproductivos. Cuando una mujer se maquilla ritualiza la copia de sí misma, como una estrella del teatro kabuki. Las voces milenarias que aparecen desde su garganta. Ora osada, ora perturbadora, ora chillona, ora trágica constituyen su operática. Y cuando Brenda mueve las manos aparecen los gestos vulnerables de la María Bonita. Cuando se adorne sabremos de qué burdel proviene. Y en algún extravío por esos huecos de la locura, seda, por esos rincones del placer chifón. Y por la piel de chinchilla aparece su deseo animal que provoca. La mueca en la réplica del satén orientalizada por una prenda. El kimono occidental sale por los flecos de la ena-

gua acrílica. La reina de la decoración amuebla el alma y tiene una obsesión sin límites por las flores y los aros. Brenda se viste mal. No olvidemos que sus verdaderas amigas fueron su abuela y su madre, y un corro de viejas alcahuetas que eran la misma abuela y sus benditas madres. Viejas sabias y malditas. Brenda sabe las víboras que salen de la lengua.

Volviendo a narrar lo narrado, al darle sombras se ensombrecen en el tiempo que ha escogido la forma de hacer resaltar su mirada, sus brillos, sus opacidades, al ocultar sus fijezas en una noche sin sombras, asombra.

Porque esta nación se había formado bajo el aura de los cielos. Y ella había visto como se formaban las nubes grises allá en el horizonte, recibiendo su influjo cuando se paseaba por los charcos de la bahía y no se percibía aún la silueta de la maldad bajo los relámpagos de los aguaceros. —Nadie puede ser malo bajo este horizonte, murmuraba—. Especialmente cuando se ha crecido en este paisaje, escuchando que la mejor ubicación de una casa es de norte a sur, por el miedo de que su frente se pierda por la torrencialidad del carácter de sus aguas, cuando bajan llevándose todo.

Y lo único que queda es un cielo esplendoroso, llevándose las penas como quien dijera, entre guiones, donde los muertos bailan.

En estos pueblos del sur hasta los espíritus han sido ahuyentados y sus signos de maldad son apenas su fatalidad creada por los derrumbes.

El mar ha estado a sus pies desde que nació. Y cuando torpe en sus insinuaciones de cerros y caceríos furtivos en las quebradas, se hizo puerto frente al mar.

Y mirándose las caderas en el charco se ondulaba el pasado y el presente; el volantín y el tren en el andén ramal Los Andes, los chiribiteles y sus ondulantes harapos, donde la vieja y la joven insinuantes invitan a la casa.

Púas y alambres quedaban murmurando en el expósito de nuestros rituales poéticos, de nuestra mansedumbre peregrinación en desolados lupanares del recuerdo. Epitafio del comienzo solitario, después de esa noche cálida y tráfuga. Me hubiese gustado haber recurrido a la intemporalidad del mito para llamarla «la noche de los héroes derrotados», épicos en su tragedia de antihéroes como prolongación de la noche.

Para fijarnos imágenes precisas, la muerte rondaba junto a nosotros que luchábamos por deshacernos de los malos ratos, único cobijo desprejuiciado a la alegría del porvenir de los creyentes. Volteamos en una esquina y entramos a la única y mítica trinchera de los visitantes del puerto, como si nuestra identidad marina dependiese del bar Cinzano. ¡Increíble! Esta provinciana sensación de nuestra redonda manzana callejera. El Cinzano existe en la literatura y en las películas, que se solazan en nuestro esperpéntico pintoresquismo nacional.

El primer encuentro que uno tiene con estos lugares es la luz, que tiene un espesor, es luz espesa donde se recuerda los cuartos que se arriendan en los antiguos barrios de la ciudad de Santiago o en las narrativas de Nicomedes Guzmán. Ese espesor es garantía para la exaltación pasional. Los rostros adquieren un carácter

dramático para un lente diligente. La luz se torna a ratos amarilla y rinconeas unas sombras propicias para el devaneo cómplice a la caricia furtiva. La luz de este teatro de la fiesta porteña enciende de colores la danza perpetua de la latinada musical.

Acostumbradas a la penumbra se podían ver las siluetas de las parejas bailando en el centro de la sala, cuando comenzaron a caer sobre los cuerpos destellos de luces multicolores que la modernidad había traído para las discoteques. La luz estroboscópica, se paseaba por los cuerpos al ritmo de la cumbia. Las luces desfiguraban las articulaciones en brazos violetas, piernas azules; las faldas de colores parecían rosetones multicolores rodando de brazo en brazo.

Esa noche, como ya lo dije, estaba predestinada por los encuentros. Este bar se puso de moda. Este bar renacía para personajes de la cultura, como pasar acostumbrado por Valparaíso. Allí estaba entre los bailarines, la luz y la música, Bárbara Délano. Entre el bullicio y la fiesta perpetua, seguimos merodeando bares suspendidos en nuestras charlas delirantes, como si el tiempo apremiara, y este derroche es todo lo que quisimos.

Cuando rompen las olas, y se lee este pasaje de la novela, cambian las perspectivas

«Caminábamos desganadamente, como sin rumbo; nos detuvimos en una de las bocacalles de la Plaza Echaurren, que con su iluminación pobre y sin árboles de oscuro follaje parecía un pozo de sombras dividido por la amarillenta faja de luz de la calle. Algunos hombres y dos o tres mujeres vagaban entre los árboles. El paisaje me sobresaltó un poco. Miré a mi compañero y lo vi tranquilo, como indiferente, muy distinto a mí, que empezaba a sentirme desasosegado. Varias veces estuve a punto de despedirme y marcharme a dormir, pero el deseo no fue lo bastante fuerte; había otro más fuerte: mi curiosidad y mi temor de parecer ridículo o infantil. Por lo demás, siempre me quedaría libertad para marcharme cuando quisiera.

Mi amigo, dándome un suave golpe con el codo sobre el brazo, me invitó a seguir, y seguimos. Atravesamos la calle, penetrando en la oscuridad de la plazuela. Desde lejos, aparte de aquellas personas que se deslizaban entre los árboles, había supuesto que la sombra que llenaba la plazuela se encontraba desierta, pero a medida que avanzábamos aparecieron seres que se movían en ella como en

agua fangosa, grupos que hablaban a media voz, mujeres que pasaban y volvían a pasar, taconeando nerviosamente, como si quisieran llamar la atención de alguien. Un poco más adentro brotó una canción, una canción a muchas voces, altas y bajas, que ondulaban en las orillas de la noche: mañana me voy al puerto a bailar cueca porteña...»
(Manuel Rojas)

Esa noche el azul noche de Magritte cambió el decorado de los cerros de Valparaíso, y apareció una brochada de Tamayo y dentadas feroces de los animales dejaron su saldo en el lienzo, negro el pelaje, y abiertas las fauces, para el eco de un grito, le sigue Siqueiros dejando manchado el azul noche de la pintura europea.

Esta página es la continuación, hablando de la memoria...

Es la hora en que se mide una con el día, también es la iniciación temprana, también es la pérdida del tiempo. Es tarde. Es esa hora sin página, entremedio del día y de la noche. Sin duda la tarde, la inevitable tarde, cuando se aproxima el ocaso, inevitablemente. Para precisar más el tiempo y que tenga una medida incomparable, por decir imborrable. Es la hora en que se mide uno con el día.

Es la hora invadida por el olfato, en las anunciaciones sombrías y en los huecos traviosos del verano con aire tibio y húmedo; guardado en la humedad de los cuerpos nuevos para la temprana iniciación. Entre la vacuidad del sol y la fiesta contigua.

Nombrar esa tarde es un prolongado placer, sería la tarde de su vida, antes de su fin, entre el juego de niños y la solemnidad de los adultos. Aquella cama con aroma a albahaca y una nube de geografías cubrió sus nalgas encabritadas y adolescentes. Todas las páginas de amor no se comparan con la tarde de Brenda y su primo, escondidos entre Las Noches Blancas de Dostoievski, en una plácida sombra del verano. Cuando el sol busca un refugio en la tarde (la tarde) —el subrayado es mío— y las manos tiernas buscan y los mus-

los dan vuelcos impredecibles de sabiduría. Se encuentran y vegetan torpes, carnales como animales nuevos. Suspiran. Como si la tarde recién comenzara, jadeando como muchedumbre hambrienta.

Y la tarde ha dejado de lado su reposo. Boquea escuchando a los primos que se tornan en los eternos amantes de los comienzos de la tarde. Impía, brilla y es arrancada de la página.

<Regresando junto a la tarde compaginados en los arrecifes del mar, en el preámbulo de la noche; aquellos vestigios reposan detalladamente en el cuarto. Su ventana recibe una segunda mirada en las cortinas enhebradas en los tenues reflejos de lo que ha huido, dejando pocos huecos>.

Recurrentemente el personaje que ficciono no tiene rostro y quisiera entrar en la ficción de algún modo, tal vez el maquillaje que uso para la noche sea el fulgor de mi personaje. Supongamos que Brenda en llamas hubiera sido el preámbulo de su quimera y sus plumas reales, necesarias para una noche resentimental del puerto de Valparaíso, como lugar mítico, digo yo. Si el puterío nacional se concentra en el puerto, con todos los ingredientes para hacerlo deseable: pobreza, mar, marineros, calles, cerros, sobre todo cerros y una noche por decorado ilumina sus callecitas y entremedio cortes abruptos, rectángulos esquinales donde aparece el cielo, columnas clásicas donde ha estado su sueño rico y detrás, subiendo el cerro, un quitapenas, donde el asombro se vuelve paisaje invertebrado. Donde estallan las estrellas.

Donde se pierden las perspectivas y una luz tenue del Zagúan es una luz al paraíso. Una vieja historia vuelve a repetirse y se convierte en la reina de la feria. Y llora ante las gradas de la iglesia con la culpa que llevan las mujeres que se acuestan sin amor, habiendo leído todas las novelitas rosas, donde el amor es el último ideal que queda vivo.

*De otro modo se moriría limpiando casas de familia.
Se moriría viviendo la vida de los otros.
Se moriría viviendo de imágenes ajenas.
Se moriría puliendo los objetos.
Se moriría sacando el polvo.
Se moriría sin vida propia.
Se moriría sin pertenencia.*

Y como toda mujer sentimental lo hace y llora como en las teleseries. Ella sabe que es más que un cuerpo pero que sin él no viviría. Y es así que es capaz de atender varias citas. Su salita la ha convertido en sala de exposición corporal. De ese modo atiende su clientela. Sus amigos son bien peculiares, uno de ellos es adorador de objetos y de tanto en tanto roba sus prendas. El florero le envía coronas de rosas de olor para cada aniversario. Y el máspreciado, la tiene llena de espejos que le deforman su imagen real.

Otra narrativa de la miseria porteña.

«En el puerto, la ciudad se presenta por uno de sus aspectos más extraños y siniestros, entre los tres cerros corren esteros llamados quebradas.

No hay nada más miserable que las habitaciones situadas a proximidades de estas quebradas, surcos profundos de la montaña donde fermentan toda clase de restos impuros. Las casas bajas y feas, pegadas por un costado al suelo y sostenidas por el otro sobre estacas dispuestas a manera de pilares, forman el más completo desorden, sin considerar en nada el vecindario.

Aquí se abre una puerta sobre un techo; una chimenea lanza grandes humaredas negras sobre una ventana abierta; allá unos cordeles extendidos soportan harapos horrorosos; por último senderos tortuosos, desechos y hechos sólo por el tráfico con algunas tablas angostas y vacilantes, conducen a ciertos chiribiteles, donde sólo pueden penetrar en la noche los murciélagos y los lanzaroni de Valparaíso. Esta parte de la ciudad es, pues, el dorado de los marineros extranjeros.

Aún hace pocos años la orgía descarada vociferaba ahí sin temor, pues la policía demostraba en las cercanías

de las quebradas una gran circunspección; más de un cadáver encontrado en el fondo de la quebrada le había hecho comprender lo que costaba someter esos barrios malditos a la acción de la fuerza pública.

Respecto de los marineros, ¿será necesario decir lo que los atrae en las quebradas? Por donde quiera que haya una puerta o ventana, puede notarse, sentadas sobre el umbral de las unas, inclinadas sobre las otras, algunas niñas de cara fresca y sonriente, cuya negra cabellera adornada con flores, desciende en ondas abundantes sobre una espalda perfecta; después, en segundo término, se apercibe una vieja o más bien una bruja, de tinte pálido, de perfil burlesco, masticando, sin cansarse, algún pedazo de cigarro apagado.

Un guiño de la muchacha y un saludo de la vieja, acompañado de esta expresión hospitalaria: «La casa a disposición de usted», atraen a un marinero a un antro más peligroso que el de las sirenas; los roles de tripulación constatan este hecho, agregando al nombre de la víctima por todo comentario estas tres palabras: 'desertado en Valparaíso'.

Max Radrigget, 1847

La noche está cálida y el subrayado es mío, señalando que las comillas han sido emitidas. La noche es más cálida de lo usual y hubiese querido sin razón alguna omitir que el puerto brillaba. Que la casa de Brenda es hechiza como toda casa que se desmorona al despuntarla.

La casa de Brenda es hechiza y no es bueno mirarla de día. De noche es una de las luces que hacen de los cerros el hechizo.

En las mañanas, cuando quedan unas grapas donde refugiarse y la memoria es un haz de gestos cerro abajo, la casa de Brenda muestra su reverso. Queda intacta. Su uso ha sido resguardado. Brilla la pared opaca y el adobe se ha revestido por una lámina de acrílico. Agentes nuevos le dan un vuelco a la mampara de madera negra lisa. Tal vez el cuarto de Brenda gire junto a la noche. Quizás sus madrugadas sean la imagen de alguien que no está en ningún lugar. Lo más probable es que la misma entrada a la mañana no tenga existencia. No se ubique en mapa alguno. Cada cuarto de esa casa ha tenido que ser poblado una y otra vez. Obligado a tomar una dirección opuesta. El comedor nunca ha sido realmente un comedor. Nadie ha comido en esa casa. Ella no ha tenido que demostrar tal ambigua

cotidianeidad. No hay que olvidar que el hechizo la hace refulgente. Decir que tiene porche es desmesurado; tratarlo como living, resulta tremendista.

Si alguien se encontrara por azar una noche con su puerta y soñara con ponerle venta, perdería su tiempo. Ponerle fecha a su construcción es innecesario; hay una casa de campo, de adobe, sin imaginación. Podría decirse que todo es de mala clase, hecho de necesidad, como hechura a la rápida. Esa casa no estuvo en la cabeza de Brenda hasta su llegada. Como todas las casas donde abunda el barro. Cualquiera un tanto sentimental, pensaría que en tal pobreza hay mucha ternura. Es más, si fuese cristiano le diría que es el alma de la casa. Podría agregar los paréntesis a tales afirmaciones. Nombrar los ribetes de esas almas. Pondría en un recuadro de la escritura moderna el rictus de su tristeza. Hasta recogería alguna bondad sobre el hombro.

Qué más que derribar tal cursilería, aduciendo que en las lámparas de segunda que iluminan los cuartos, las lágrimas de Brenda inundan su luz. Qué más construcción para una casa hechiza carente del aroma de una cocina burguesa. Si Brenda es gorda, es porque padeció la enfermedad del siglo, raquitismo.

La murmuran como mujer de mala fama, porque se prende una luz roja en su puerta. La luz roja es hechiza y la puerta también. Brenda nació mala. Antes de nacer, su madre sabía que venía tan maleada como ella. Cuando su madre quedó embarazada soñó que fuera independiente, se figuró que tuviera su propia casa.

Este cuento es real, no hay ficción, por ello es previsible. No es un cuento, sino la historia de una hechizada. Yo he sido incapaz de narrarla. Quedé cautiva bajo su influjo, y no es exótico, no hay palmeras, cocoteros, o boas en aquella casa. Aunque Brenda trabaje con su cuerpo, nadie le compraría su imaginario. Tampoco caería en la trampa de sus moradores que la venden de pobre.

Estamos en casa de Brenda en Recreo. El barrio de Brenda lo vi con los ojos enrojecidos de una madrugada.

Quizás si hubiera tenido un tamarindo recordaría la vulgaridad de las casas de Viña del Mar. El barrio de Brenda existía gracias a su coraje. Sin árboles. Las casas del barrio tenían su existencia gracias a su imaginación. Su casa era hechiza. Al entrar, deduje que la puerta tenía una tranca del siglo XIX. Al entrar, tuve la impresión de que Martín Rivas había sido embrujado en aquella casa.

La novela criolla tuvo su escena en el puerto de la chingana. Brenda nos indicó una foto donde ella posaba de modelo. La tenía pegada con un alfiler en el rellano de la puerta de su cuarto. Era un afiche al lado de una estampita de la virgen de las putas. Al llegar a su cuarto se cambió de ropa.

La noche estaba húmeda.

En el centro del cuarto contiguo los compases de un romanticismo tardío hechizaban el ambiente. Los cuerpos olvidaron que eran cuerpos. Exudados goteaban sus hambres. Cualquier descripción del instante

emularía el instante en que Brenda, delicada cual más, apasionaba a N.

No había motivo alguno para tanta pasión. Tampoco sus meritorias y afortunadas manos sentían tal deseo. De tocarse se hubieran odiado. Eran los infortunados ojos arrastrados al centro del cuarto, como si allí se consumieran embebidos en la danza. Si un toro hubiera salido por entre sus corazones, la pañoleta roja del cañico hubiera hecho un charco en medio de Andalucía. Entre el pantalón y el calzoncillo relucía el cuchillo. B. y N. eran las ausentes del ruedo. N. y B. eran las grandes cenizas del ruedo. Macho y hembra sujetaban sus destinos y hembra y hembra se anudaban en el medio.

El desate pos-guerra abrigaba la cabeza del señorito desencantado y hastiado de sí, por no haberse calentado en la sangre. El ideal de Hemingway entorpecía su acción en la guerra. Allí luchamos por España. Aquí soñamos por nada.

Busqué los ojos en el poster de Brenda. El retrato había desaparecido. La fotografía anudaba su cuello. Alguien los había descolgado y García Lorca hubiera dicho que eran las cinco de la madrugada.

García Lorca no le hubiera puesto un orden al
cronómetro. La iluminación mestiza contrastaba a la
luz europea. España nunca estuvo en mi corazón.

América no la inventé yo.

Índice

500 AÑOS EN EL BARRIO CHINO DE VALPARAÍSO.....	7
Juan D. registraba todo recopiando estas imágenes.....	9
ACERCA DE LUPANARES MIGRATORIOS.....	11
El ritual de la pluma: antifaz de cedro allí en Valparaíso.....	13
El poeta vecino llegó al Paraíso.....	17
Depositarios de la excentricidad del rancho cultural.....	19
Queríamos atisbar por las ventanas como pobres.....	22
Son esos cambios de humor que hacen que los rumbos.....	24
La feria hierve cuando se pasea.....	25
Mientras las olas arman su coloquio y encrespadas.....	27
Esa noche inmemorial.....	28
Brenda describe el cuadro de su familia, y la noche.....	30
Lugar de fijación plástica y romántica.....	32
El mar ha estado a sus pies desde que nació.....	34
Retomando el hilo, la noche es renuente para el olvido.....	35
Agregaría que la calle estaba desierta.....	38
Esta página es la continuación, hablando de la memoria.....	40
Como a eso de las 8 conversamos con Néstor Perlongher.....	41
Entre el muelle y las brisas echamos un suspiro.....	43
Las cenizas de los amantes del siglo XX en el bar.....	46
En búsqueda del centro perdido.....	48
La noche relata el maquillaje de la noche.....	51
Porque esta nación se había formado bajo el aura.....	54
Cuando rompen las olas, y se lee este pasaje de la novela.....	57

Es una noche el azul noche de Magritte cambi6.....	59
Esta p6gina es la continuaci6n, hablando de la memoria.....	60
Recurrentemente el personaje que ficciono no tiene rostro.....	62
Otra narrativa de la miseria porte6a.....	64
La noche est6 c6lida y el subrayado es m6o.....	66
Estamos en casa de Brenda en Recreo.....	69

Antologie (2004); *Poesía Chilena Desclasificada (1973-1990)*, (2006); *Antología Nueva Poesía Hispanoamericana* (2005-2006). Además ha trabajado como editora y colaboradora en las revistas «Hoja X Ojo» y «Al Margen». En el año 1987 organizó el Primer Congreso de Literatura Femenina. En 1997 obtiene la Beca Simon Guggenheim, obteniendo otros reconocimientos, como el Fondart en el año 2002 y el Premio de Poesía Iberoamericana Pablo Neruda el 2008. Su obra ha sido traducida al inglés, sueco, francés e iraní.



Carajon

ALIANZA EDITORIAL

